

ESCRIBIR NO HA DE SER UN OFICIO

«En la novela y en todo el arte literario lo difícil es inventar; más que nada el inventar personajes que tengan vida y que nos sean necesarios sentimentalmente por algo. La imaginación, la fantasía, en la mayoría de los hombres constituye un filón tan pobre que cuando se encuentra una veta abundante produce asombro y deja maravillado. El estilo y la composición de un libro tienen importancia, pero como son cosas que se pueden mejorar a fuerza de trabajo y de estudio, no dan esa impresión fuerte y sugestiva de la creación intuitiva» (Memorias de D. Pío Baroja, Tomo V).

La inmensa mayoría de papel impreso que nace en nuestro país con pretensiones literarias cae bajo el signo del culto a la firma o a la persona.

—Oiga, don Fulano (o fulanito, a secas); ¿por qué no escribe algo para...?

—¿Sobre qué?

—Lo que quiera.

Interesa la firma. Importa poco que Don Fulano (o fulanito) esté saturado de trabajo o haya agotado los temas con los que entró vibrando en el campo de Agramante de las letras.

En estas circunstancias se corre el gran peligro de que don fulano (o fulanito) escriba cuatro cursilerías o repita por enésima vez, aunque con más fino estilo, aquello que causó sensación en sus tiempos de neófito, cuando llevaba munición en la cartuchera.

«... se defiende por los párrafos redondos y las palabras raras que sugestionan a todos los papanatas de nuestra literatura, que creen —con su buen cerebro, lleno de fórmulas amaneradas— que la palabra desconocida y el rún-rún del párrafo es el máximo de la originalidad y del pensamiento».

Otras veces es el escritor famoso quien ofrece su mercancía y logra colocarse en la plantilla de colaboradores de una publicación con saneados ingresos.

—Se trata del prestigioso literato Menéndez —piensa el director— Buena adquisición.

Le asigna un precio a sus artículos y le dice:

—Mande usted uno todas las semanas.

Escribir un buen artículo por semana no es tarea difícil. Lo que ocurre es que el famoso Menéndez, como se ha propuesto vivir de la pluma, colabora en dos docenas de «papeles» y una musa no es una cabra que se puede ordeñar dos veces al día.

Afortunadamente para el literato Menéndez hay gente «que no distingue un pastel hecho de serrín de otro de hojaldre».

Y añada Baroja: «para esta gente está el artículo de fondo y las grandes lucraciones de la prensa».

Todavía hay un mal peor: Que el influyente Regúlez: o la prepotente Indacía, impulsados por el anhelo de la gloria, se decidan a escribir para ilustrar a las gentes. A éstos no les salva ni el párrafo redondo.

«La gente cree que inventar es fácil, y se engaña. Es tan difícil que la mayoría somos incapaces de forjar un cuento medianamente original para entretener a un chico, y si creemos haberlo inventado resulta que estaba inventado y escrito hace cientos de años».

Es oportuno, útil y confortador que existen gentes dedicadas a oficios y técnicas en los que la experiencia constituye un factor esencial. Es socialmente oportuno que estas gentes se agrupen en sindicatos para la defensa de sus derechos. Tan útil y oportuno como repugna la idea de un sindicato de escritores como el que está incubando y que no comprendo cuales derechos ha de defender. ¿El derecho a colocar tostones en las publicaciones indígenas? ¿El derecho a acaparar las musas, domesticándolas, burocratizándolas, para que acudan todos los días laborables de 9 a 1 y de 13 a 17? ¿El derecho a impedir que el que tenga algo que decir no pueda decirlo si no posee un Carnet y no paga una cuota?

Si Baroja levantara la cabeza se asombraría de semejante insensatez. Se habló de la necesidad apremiante de derrumbar los tinglados perturbadores y he aquí que se está montando la organización más inútil y más entorpecedora de todos los tiempos.

El escritor, como el político, como el pintor y como el director de cine no se hace. Se nace escritor. Y lo maravilloso de esta actividad es que no se nace una sola vez sino tantas veces como se consigue aportar algo positivo al campo de las letras.

Escribir no ha de ser un oficio sino una inclinación. Aunque de ello se obtengan buenos ingresos. Una firma acreditada ha de suponer una presunción juris tantum en cuanto a la calidad de la obra futura, pero no una presunción juris et de jure.

Nuestros diarios, nuestros semanarios, nuestras revistas, conseguirían una altura considerable si admitieran la colaboración espontánea de todos sus lectores. Los prebostes podrían estar encargados de seleccionar lo mejor, y de llenar el vacío a falta de materia virgen.

El sufrido suscriptor se ahorraría así

Pensamientos

* *Trabajando apenas si se puede vivir. Y sin trabajar o se muere uno de hambre o florece millonario.*

* *¿Por qué el cielo es azul, verde la naturaleza, rojo el fuego y negra la oscuridad?*

Porque el mundo sería muy insipido en blanco y negro.

* *El artista lleva una vida bohemia.*

Muchos llevan vida bohemia sin ser artistas.

* *Un imposible: Una mujer que no hace esperar a un hombre.*

Otro imposible: Un hombre que no espera a una mujer.

* *Las ideas suelen representarse con bombillas.*

Será porque estas tienen aspecto inteligente...

* *El mundo da tantas vueltas que incluso hay quien llega a marearse.*

* *Los sabios se dedican a inventar la mar de cosas. Pero, no obstante, cuando llueve, si no queremos mojarnos tenemos que llevar paraguas.*

* *¿Lo más lamentable de «El último Cuplé»?*

Pues... que fué el primero...

* *La inteligencia del hombre se mide por sus actos y actividades.*

¡Cuanta inteligencia andará todavía sin medir por el mundo éste!

* *Hoy están de moda canciones la mar de tontas.*

Mira si serán tontas las canciones éstas que hasta llegan a estar de moda.

* *Existe gente que duerme durante buena parte del día, mientras por la noche trabaja.*

Los serenos, por ejemplo.

* *El teléfono sirve para muchas cosas.*

Una de ellas es para dar la lata.

FIDEMAR.

el tedio de hojear montañas de papel en el que comúnmente asoma el «bla-bla-bla» de una prosa vacía y sofisticada.

* * *

Es posible que al escribir esto me esté hechando piedras en el propio tejado, pero no importa. Hay momentos de rabiosa sinceridad en los que uno se enfrenta a todas las contingencias a trueque de salvarse de una indigestión que puede envenenarle la sangre.

Antonio Miralles Manresa.